

*La necesaria tarea de revalorizar  
la metaforología: Una cuestión  
vital. Reivindicando la figura  
de Hans Blumenberg*

*The Necessary Task of Revaluing the Metaphorology:  
A Vital Question. Vindicating the Figure of Hans Blumenberg*

PABLO GÓMEZ BERMEJO

Estudiante de Maestría  
Universidad Autónoma de Madrid  
pablogomezbermejo@yahoo.es

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2024.35.008>  
Bajo Palabra. II Época. N°35. Pgs: 161-178



*Recibido: 20/10/2023*

*Aprobado: 01/03/2024*

## Resumen

El presente escrito reivindicará la obra de *Paradigmas para una metaforología* de Hans Blumenberg. Para ello, se advertirá de los riesgos en la aproximación hacia la obra de Hans Blumenberg, así como se revelarán determinados hechos históricos relevantes para su abordaje. Tras ello, se explorarán algunos artilugios conceptuales de fundamental importancia para comprender la obra de Hans Blumenberg y reivindicar, con ellos, la ya existente preocupación por la condición existencial del ser humano.

*Palabras clave: Metaforología, Vida, Fenomenología, Estrategia, Valor.*

## Abstract

This paper will try to vindicate the work *Paradigms for a Metaphorology* by Hans Blumenberg. For this purpose, there will be advice for approaching the work of Hans Blumenberg and certain historical facts that should be taken into consideration. In addition, some important conceptual devices will be showed for facilitating the understanding of the work of Hans Blumenberg so we can vindicate that, behind them, there is a concern for the existential condition of human beings.

*Keywords: Metaphorology, Life, Phenomenology, Strategy, Value.*

El dolor no procede de los bienes de los que uno se ve privado sin haberlos experimentado, sino de aquel del que uno ha sido desposeído una vez habituado a él.

Tucídides

¡Alma mía!  
No aspire más allá de lo posible  
Cual si fueras deidad: pero sí agota  
Hasta el último límite tus fuerzas.

Píndaro

“¿[Q]ué aúllas, can, qué gimes? / ¿Se te ha perdido el amo? / No: se ha muerto” (Alonso, 2013, p. 153). No es tan relevante en este punto la identificación del hombre con un perro al que se le ha muerto el amo, sino la implicación que tiene la muerte de este. Solo el grito del hombre termina marcando la intensidad de un plañir que no tiene eco, porque, a fin de cuentas, el hombre se encuentra solo. De qué manera tan oportuna, Dámaso Alonso consigue rescatar en su poema *Hombre* ese grito exasperado que se produce tras la muerte de la divinidad y el terreno de soledad que se genera con ello. La misma soledad que en la figura de Prometeo de Hans Blumenberg (2003a, p. 648). ¿Qué se perdió tras el derrumbamiento del horizonte del sentido? ¿Qué habría de quedar ante la pérdida de las expectativas, ante un reino de los conceptos que planteaban a un ser humano robusto, que, sin embargo, perdía en los detalles?

El presente escrito va a tratar de revelar la importancia de la obra de *Paradigmas para una metaforología* (2003b) en tanto que pregunta por el hombre y su devenir con respecto de la vida. Es bastante común entre los lectores de Hans Blumenberg trazar la pregunta por el verdadero estatuto que cabría darle a esta obra del filósofo hanseático, tanto dentro de su producción epistémica como por el plano intelectual que de dicha obra emanaría. El debate entre Pérez de Tudela Velasco (2003, p. 14), que argumenta que la metaforología podría suponer el hilo conductor del filósofo hanseático, y Pedro García-Durán (2017, p. 16), que argumenta que el hilo no es sino la fenomenología, no es sino una muestra de ello. Y es por ello, por lo que resulta una motivación tratar de responder ante la duda de *cómo acudir y qué esperar*

de dicha obra de Hans Blumenberg. Con ello, el escrito tratará de dar respuesta a dicha revalorización desde dos ángulos: desde las circunstancias contextuales que enmarcarían la construcción de la obra y desde ciertas propuestas que encontraríamos en *Paradigmas para una metaforología* cuya importancia sería fundamental tanto para la pregunta por la vida como por su relación con otras obras del filósofo hanseático.

Ahora bien, hablar de Hans Blumenberg es también hacerlo de las dificultades que todo lector interesado en su obra parece encontrar, lo que nos obligaba a dedicar estas líneas a modo de profilaxis. Por un lado, nos encontramos ante un autor sumamente prolífico lo cual sin duda complica el hecho de encontrar un único hilo conductor en el pensamiento de Hans Blumenberg. Esto, a su vez, nos permitía abogar por la aperturidad, tan relevante en sede fenomenológica, a la vez que invitar a futuras investigaciones a seguir rastreando entre las obras de Hans Blumenberg el impacto que supuso *Paradigmas para una metaforología*. Y, por otro lado, en tanto que precaución metodológica, no podemos permitirnos el lujo de no mencionar una de las características que tanto dificultan la lectura de Hans Blumenberg, a saber, el estilo. Algo ya denunciado por Wetz (1996, p. 8), y que podemos tratar de comprender, tal como lo hiciera Pérez de Tudela Velasco, como un estilo propio de un repertorio lúcido y variado de conocimientos que termina generando “crípticos textos nerviosos, lúcidos, tachonados de referencias sin aparente vinculación cuya unidad sólo el lector, si es que puede, está llamado a proyectar” (2003, p. 14). Una actitud que sin duda nos recuerda a la de Heidegger (2020, pp. 58–59), quien llegara a decir que una cosa es hablar en forma de narrativa sobre el *ente* y otra captar el ente en su *ser*, dado que para el ser muchas veces no nos faltan solo palabras sino, sobre todo, la *gramática*. En el caso de Hans Blumenberg podemos ir incluso más allá y llegar incluso a vincular la cuestión del estilo con un proceder metaforológico que realizaba la recepción como una de sus partes más indispensables y, con ella, el papel de los lectores.

Una vez establecidas dichas precauciones, podemos empezar a revalorizar la obra de *Paradigmas para una metaforología*. No se trata de apostar por que una mera enumeración de hechos contextuales vaya a justificar el contenido de dicha obra, pero tampoco es menos cierto que no atender a dichos ángulos vivenciales de nuestro autor, parecería dificultar toda interpretación de la obra que fuéramos a hacer. Para ello, habremos de observar una serie de hechos y momentos históricos que tal vez arrojen algo de luz para poder llevar a cabo una reivindicación dotada de contenido. Y, para ello, podemos tratar de identificar cinco momentos clave: el originario, el relacional, el oculto, el giro y el momento final. A continuación, se procederá a exponer cada uno de ellos, con el fin de reseñar ciertos gestos his-

tóricos que habrían de ser considerados para una revalorización de la propuesta metaforológica.

El momento originario hace mención específica a la modalidad en la que se presenta la obra de *Paradigmas para una metaforología*. Hablar de dicha obra es también una forma de hacerlo con respecto al formato de artículo con el que originariamente fue creado, así como con la exposición llevada a cabo en 1958, que, bajo la dirección de Gadamer, se realizó con respecto a la comisión senatorial de la Deutsche Forschungsgemeinschaft für begriffsgeschichtliche Forschung (Sociedad Alemana de Investigación para la Investigación Histórico-Conceptual) y a la que, por cierto, asistió Rothacker (Blumenberg, 2000, p. 15). Valdría la pena recordar en este punto que la propia obra de *Paradigmas para una metaforología* es publicada en 1960 en el *Archiv für Begriffsgeschichte* (*Archivo para una historia conceptual*) de Bonn, donde la revista era dirigida por E. Rothacker, K. Gründer y H.-G. Gadamer, y que tenía como proyecto el desarrollo de una *Begriffsgeschichte*, es decir, el desarrollo de una historia conceptual (Pérez de Tudela Velasco, 2003, p. 20).

Este momento originario, sin embargo, ya nos habría marcado la inercia con la cual habría de desenvolverse el segundo de los momentos, a saber, el relativo al ámbito de las relaciones, aquellas que específicamente se daban en el seno de la academia y de las que el filósofo hanseático no podría desprenderse. Deberemos retrotraernos entonces hasta 1957 cuando Hans Blumenberg publica el artículo “Licht als Metapher der Wahrheit. Im Vorfeld der philosophischen Begriffsbildung” (1957), junto con otro de los artículos que más impacto habría de tener en la historia conceptual, a saber, el escrito “Imitación de la naturaleza” (1999a). A partir de la lectura que hará Erich Rothacker, será este quien le envíe una carta para la colaboración en el *Archiv* y en el proyecto del diccionario terminológico al que debería llegarse (García-Durán, 2017, p. 80). Si bien la respuesta de Hans Blumenberg remitía a otros escritos previos, que ya incluso hablaban de las metáforas de la luz, no podemos dejar pasar por alto que para el filósofo hanseático, el valor de las metáforas no emergía de la nada, sino que tenía que ver con el desarrollo previo a la formación de conceptos y, con ello, las raíces de la preocupación de Hans Blumenberg por el lenguaje podrían retrotraerse tanto a su primer escrito publicado por el propio autor, donde hablaba de la filosofía y del lenguaje, e incluso al segundo, que llevaba por título *El derecho de la apariencia en Pascal* (1947; García-Durán, 2017, p. 82). Si observamos con minuciosidad la relación académica en la que parecería desenvolverse entonces la vinculación de Hans Blumenberg con la historia conceptual, por lo menos hasta la década de los setenta, podemos establecer dicha relación siguiendo a Faustino Oncina Coves de la mano de Margarita Kratz. Con ello, la relación de Hans Blumenberg con la historia conceptual se conjugaba en tanto

que relación afirmativa tanto con Rothacker como con el *Archivo para una historia conceptual*, como una posición y reflexión particulares con respecto al trabajo histórico-conceptual, así como, en último término, un movimiento desde el espectador desinteresado al de observador crítico del *Diccionario* —el *Historisches Wörterbuch der Philosophie* (HWP, *Diccionario Histórico de Filosofía*) de Joachim Ritter (Oncina Coves y García-Durán, 2015, p. 17)—. Mantenía así Hans Blumenberg una relación clave con Erich Rothacker, quien, con apoyo de la Academia de las Ciencias y la Literatura de Maguncia, consiguió llevar a cabo la publicación a partir de 1955 del *Archivo para una historia conceptual*.

Sin embargo, el ámbito de las distintas relaciones nos obligaba a prestar atención a otro de los momentos, el oculto, que parece haber sido silenciado entre las distintas lecturas que se aproximan al autor hanseático y que, sin embargo, es fundamental para comprender sus planteamientos. Y es que, la forma de proceder de Gadamer no era del encanto de Hans Blumenberg, quien entonces viraría y se uniría al grupo de *Poética y Hermenéutica*, sin duda relevante para la propuesta metaforológica (Rivera García, 2010, p. 159) y a la que, sin embargo, no se hace generalmente mención, o una mención al mismo nivel que el de la historia conceptual. Y es en esta senda de la poética y la hermenéutica donde entrará en contacto con Ritter, formalizándose la primera reunión en Gießen, en 1963, donde asistirían tanto nuestro protagonista como Clemens Heselhaus, Wolfgang Iser, Hans Robert Jauss y Koselleck. Si bien las huellas de Iser y de Jauss pueden ser rastreables en la obra de Hans Blumenberg, lo cierto es que parecería darse la falta de relación con Gadamer y su forma de gestionar el liderazgo, bajo cuyo mando la única aportación reseñable habría de ser la de los *Paradigmas para una metaforología*, algo de lo que se dio cuenta Rothacker, mientras que se facilitaba la aparición de la obra en el *Archivo*. Ya no sería de extrañar entonces que Blumenberg sucediera a Rothacker en 1965 por su receptividad a la inclusión de la metaforología frente a la instancia regida por Gadamer (Oncina Coves y García-Durán, 2015, p. 19). Aunque de fondo pueda entrecerse un debate por cuál era el estatuto que daba Hans Blumenberg a la metaforología con respecto a la historia conceptual, la clave parecería estar en qué opiniones acarrearía dicho estatuto para el resto de los colaboradores y cómo debían, o no, seguir llevando esa colaboración. En este campo de disputas donde se ponían en juego distintas formas de comprender la historia conceptual y de asumir la siempre compleja relación entre el trabajo epistémico y la labor académica, Rothacker llegaría incluso a impartir una conferencia cuya intervención giraba en torno a la *Tesis para una metaforología* (Oncina Coves y García-Durán, 2015, p. 20).

Todo ello nos llevaría a considerar el cuarto de los momentos, a saber, el del giro. Y es que, a fin de cuentas, lo que nos encontramos no es sino una diferencia

importante entre los planteamientos de Ritter y el enfoque de Hans Blumenberg que se agudiza entre 1970 hasta 1979, año en el que se produce la publicación de “Aproximación a una teoría de la inconceptuabilidad” (1995). Diferencia que contrasta con la relación entre Hans Blumenberg y Rothacker y de la que Hans Blumenberg dio buena cuenta en el discurso funerario de Rothacker en la Akademie de Magucia (2000, p. 15). Siguiendo con la disputa entre Hans Blumenberg y Ritter, este último llegaría a excluir las metáforas en su prólogo al diccionario de *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, a pesar del dolor que le habría ocasionado este gesto. Hans Blumenberg llegaría a contestar por medio de “Observaciones sobre metáforas” (1971) en el *Archiv für Begriffsgeschichte*, revelando que, en el fondo, no había sino dos abordajes distintos acerca de cómo debe desempeñarse la metaforología, a saber, o desde la hermenéutica o desde el historicismo (Oncina Coves y García-Durán, 2015, p. 24). Y a ello podríamos añadirle otra curva en el viraje de Hans Blumenberg, al poder terminar apostando por un rumbo antropológico. No es irónico que en “Una aproximación antropológica a la actualidad de la retórica” (1999b) adquieran protagonismo autores como Ernst Cassirer, Paul Alsborg y Arnold Gehlen. Así, lo que impera como antropología filosófica no es sino la invocación de la distancia frente a la realidad pues el hombre se relaciona con ella de forma indirecta, y, ante todo, *metafórica*. La metáfora ya no sería una parte más de los medios retóricos, sino parte significativa de la retórica donde su relación funcional puede verse con respecto al espectro antropológico (Blumenberg, 1999b, p. 125). Para este momento en el pensamiento de Hans Blumenberg, “la metáfora, es, de hecho, no sólo un sucedáneo de un concepto que actualmente falta, pero que, en principio, es posible, y por ello, exigible, sino también un factor de proyección” (1999b, p. 139).

Finalmente, habríamos de enfrentarnos al último de los momentos, aquel más irónico, y es que a toda esta trama de intereses y relaciones que entretejen de forma sorprendentemente sincera las dinámicas en las que se habría producido la obra de Hans Blumenberg, todavía le faltaría un último giro de guion. Si anteriormente mencionábamos la inconceptuabilidad que empieza a marcar la obra de Hans Blumenberg, a la que incluso iba a dedicar un curso (Oncina Coves y García-Durán, 2015, p. 25), no podemos ahora sino ver cómo la producción académica también habría de sufrir un cambio. La editorial Schwabe, que promovió el *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, donde la huella de Ritter se hacía visible, parecía unirse a una línea de actuación junto a otras instituciones también interesadas en el lanzamiento de la *Begriffsgeschichte*, para terminar nuevas obras que, irónicamente y a pesar de su previo distanciamiento, tuvieran entre sus líneas el interés por las metáforas. Un giro que también se completó con la creación de obras como el *Diccionario histórico*

*de las metáforas en la filosofía y en las ciencias* de la citada editorial, curiosamente publicado en el mismo año que se hizo lo propio con el último volumen del diccionario de filosofía previamente citado (Oncina Coves y García-Durán, 2015, p. 26). De tal forma que, como podemos ver, las metáforas dieron mucho que hablar y, entre sus huecos, parecía filtrarse la voz de Hans Blumenberg.

Una vez observado en esta primera parte del escrito el análisis de corte más biográfico o histórico, debemos adentrarnos en la tarea de revalorizar el papel de la propuesta metaforológica. Esto habría sido posible gracias a distintos ángulos que van desde el papel de la retórica, las interpretaciones que se derivan del mito o incluso viendo la reivindicación de su supuesto giro hacia la inconceptuabilidad. Sin embargo, por cuestiones de espacio, nos centraremos en las reivindicaciones de la metaforología en base a dos aspectos que habrían de ser claves tanto para el propio proyecto metaforológico como por su influjo vitalista. Por ello, atenderemos a la metodología y a la pregunta por el valor, por lo que así haremos real el firme propósito de acudir a aquellos gestos donde reluzca la relación que se produce entre las metáforas y la vida, como si en el fondo no sea sino ahí donde radique el vivir del ser humano.

Empezando por el primero de los aspectos, aquel relativo a la metodología, habríamos de asumir que preguntarse por una metaforología, por sus condiciones de existencia, no es sino un interrogante que en el fondo plantea la necesidad de pensar la legitimidad de las metáforas en el lenguaje filosófico (Pérez de Tudela Velasco, 2003, p. 22). Sin embargo, parecería iluso no caer en la cuenta de que, con esta pregunta, la propia historia de la filosofía, tal como venía planteándose hasta Hans Blumenberg, también es puesta en cuestión dado el nulo espacio que hasta entonces había habilitado para las metáforas, si es que acaso existiera, pero ante todo, estas siempre terminaban ancladas a los sustratos menores del pensamiento y a unos presupuestos de partida siempre dispuestos a ser superados por otras modalidades privilegiadas del conocimiento, como las oportunidades que brinda el ámbito conceptual. Y es aquí donde es posible observar la metaforología como una *sugerencia* que acarrea los dos polos de su significación. Por un lado, evoca la ampliación de horizontes comprensivos, lo que sin duda lleva implícita una pregunta por las condiciones que hasta entonces han fraguado el discurso filosófico a la vez que nos adentra en la tradición hermenéutica, pero en una modalidad comprensiva alejada, por tanto, de hermenéuticas más teológicas o jurídicas. Pero, por otro lado, dispone de un aroma *ejecutivo* en términos heideggerianos que, al fraguar la propuesta, se torna hacia una modalidad de pensamiento que se plantea de manera indicativa, lo que no es sino un reflejo de la transitividad del verbo *sugerir* y que hace que las metáforas sugieran algo y no la nada. La combinación de ambas declinaciones de

la sugerencia nos permite ver de fondo una suerte de actitud que no es sino uno de los ejes sobre los que se sustenta la configuración de *Paradigmas para una metaforología* y que se observaría en la atención minuciosa que Hans Blumenberg presta al desarrollo del ser humano con respecto al mundo. Estas dinámicas en las que se encuentra inmerso harían enlazar la propuesta del filósofo hanseático con la herencia heideggeriana en tanto que la atención es puesta en torno a las configuraciones pre-teóricas. Y es que, no podemos dejar pasar la oportunidad de destacar el punto de unión que se entrelazaría con *Ser y tiempo* pero que, acaso puntual, no evita que las discrepancias con respecto a Martin Heidegger se vayan haciendo más profundas con respecto a la evolución del pensamiento de Hans Blumenberg, y que tal vez puedan resumirse por la predominancia ontológica en el primero mientras que, en el filósofo hanseático, la preocupación por la situación del ser respecto al mundo —mundo de la vida— parece predominar. No sería de extrañar, entonces, una preocupación a raíz de *Paradigmas para una metaforología* que hiciera ver el interés de Hans Blumenberg por determinadas estrategias del ser humano respecto al mundo, tal como se iría fraguando la retórica, donde, precisamente por la relación con respecto al ser, se pueda hablar de una ontologización de la retórica. Tal vez radique en este punto la diferencia, más de grado que de especie, en el debate entre Pedro García-Durán y Jorge Pérez de Tudela Velasco. Esto se debe a que, para el primero, si la metáfora era central en el planteamiento blumenberguiano, no es sino por la manera con la que esta se reivindica desde una valorización del ser humano como creador, de la necesidad que tiene el ser humano ante las limitaciones cognoscitivas que hacen requerir artefactos para complementar su provisionalidad, así como por la participación a modo de técnica que habría imperado en la metafísica. A fin de cuentas, la metaforología devendría central para Pedro García-Durán, puesto que, como método de análisis histórico, se dedicaba a la misma tarea que la de la fenomenología de la historia, a saber, “el estudio de las condiciones de posibilidad de la historia y de su metacinética” (2017, pp. 87–88).

Establecido dicho alto en el camino, es posible continuar con el valor de la sugerencia, la del filósofo hanseático, de la mano de Nietzsche por el placer de atender a lo oculto o, mejor dicho, ocultado por la filosofía de la representación —término clave en contraposición incluso al de presentación—, por lo que vemos en Hans Blumenberg un gesto que combina la actitud de atender a un campo más plástico y sensible (2003b, p. 23) que el que marca la edificación de los conceptos, atendiendo entonces a las dinámicas previas en las que este se movía. No es de extrañar, precisamente por la unión de una actitud de sospecha junto con la intención de asistir a instancias previas que configuran el desenvolvimiento del ser humano en su cotidianidad, que Jorge Pérez de Tudela Velasco establezca que la tarea que mejor

resumiría lo que vendría a ocurrir en *Paradigmas para una metaforología* no es sino una generalización de la intuición. Una intuición, la de Hans Blumenberg, de atender a determinados ángulos que quedaban fuera de lo *pensado* hasta entonces en la historia de la filosofía (Pérez de Tudela Velasco, 2003, p. 22).

Así, si establecemos la interpretación de Hans Blumenberg a través de estas coordenadas, no es de extrañar que la obra de *Paradigmas para una metaforología* comience con la posibilidad de que el reinado de Descartes se hubiera ejercido sobre la tradición filosófica en tanto que programa metódico (Blumenberg, 2003b, p. 41). Una aproximación inicial que no solo incluye la apelación a la imaginación que, por otra parte, es indispensable en la obra de nuestro filósofo —lo que se nos propone en las primeras páginas no es sino un intento de imaginar—, sino tal vez una de las inercias escriturales que sin duda también destacan en la obra de Hans Blumenberg, a saber: la ironía. ¿Acaso no había sido Descartes el verdadero vencedor en la batalla por la filosofía? Ahora bien, la clave estará en si se hubiera llegado a un estado final de los planteamientos cartesianos con respecto a la historia de la filosofía. No obstante, la misma posibilidad de que venza Descartes dejaba fuera del ámbito de lo pensado, y tal vez desde lo pensable, puesto que el método venía a encauzar las dinámicas en las que se desarrollaría el proceso epistemológico, dos aspectos elementales para la propuesta blumenberguiana. Por un lado, dejaba fuera aquellas formas y elementos marcados por lo *traslaticio*, pues todos ellos se convertían en pasos a recorrer en un camino que inevitablemente llevaba al concepto, es decir, se convertían en terrenos farragosos que habría que superar. Y, por otro lado, el método también se declina en términos de actitud, lo que nos lleva a otro de los efectos de la propuesta cartesiana: el alejamiento de toda pregunta por la historia, pues toda pregunta por la historia de los conceptos estaba bañada de un valor crítico-destructivo que habría de acabarse con el devenir del concepto (Blumenberg, 2003b, p. 42). De tal forma que, si al primer elemento, donde todo podía ser definible, debía seguirle el hecho de ser definición —la condición normativa emergía—, nos encontramos, en el fondo, en un campo donde toda posibilidad traslaticia era provisional y podría ser lógicamente superada. Esto era como encarcelar al ser humano y a la vez darle la llave de su liberación, pues, no le quedaba al ser humano otra cosa que los productos que él mismo habría creado. El valor que entonces cabría esperar de las metáforas estaba restringido a la vinculación que se daba entre el *logos* y el *kosmos* donde no era más que una figura retórica cuyo ámbito de acción se basaba en la eficacia que pudiera expresar en un campo donde todo estaba ya bajo el reinado de lo teórico-conceptual (Blumenberg, 2003b, p. 43).

¿Por qué cabría entonces concebir la metaforología desde una articulación paradigmática? Porque Hans Blumenberg parecía ser deudor en parte de Husserl.

Con ello, la traslación de los procedimientos fenomenológicos al campo histórico hacía inviable una planificación de un mirar histórico que se declinase de forma cerrada. Solo quedaba asumir paradigmas, es decir, *modelos* o *formas ejemplares de declinación* que, en el fondo, habilitaran las variaciones posibles de la historia (Pérez de Tudela Velasco, 2003, p. 26). Este sustrato, que tiene como base la aperturidad propia de una hermenéutica comprensiva, llevaba a valorar la esfera de la funcionalidad entendible incluso como funcionalidad sin intensificación (Villacañas Berlanga, 2009, p. 517). Solo entonces podemos empezar a ver por qué las metáforas absolutas se convierten en el modelo a seguir desde la propuesta de Hans Blumenberg. Esta aproximación, que ya lleva implícita la pregunta por los cortes históricos que después observaremos, lleva a comprender que solo era posible ejercer lo paradigmático conforme a *una* metaforología y no a *la* metaforología.

Sin embargo, todavía nos quedaría el interrogante inevitable de cómo ejecutar la propuesta metaforológica, o lo que es lo mismo, deberemos preguntarnos por cómo aproximarnos a la historia. Este problema es identificado por Hans Blumenberg a raíz de su parte tercera en *Paradigmas para una metaforología*, y que lleva por título “Un corte transversal terminológico para la idea de verdad”. En ese espacio, Hans Blumenberg está llevando a cabo un ejercicio de cortes longitudinales históricos, lo que vendría siendo, la apelación a ciertos puntos que permitan ser unidos ya que todo material histórico se entendía como insuperablemente deficiente (2003b, p. 91). Este proceder, que emerge en la búsqueda de la metáfora de la verdad, es tan impugnable como insustituible y, sin embargo, anticipa que la metódica a seguir tiene que ser inevitablemente complementaria. Por eso, la impugnabilidad radica en la necesidad por la que se recurre metódicamente a una interpretación que a todas luces tiene atisbos de ser viciada porque no puede no serlo. Por ello, Hans Blumenberg plantea que, los cortes longitudinales que se realizan para ver el desarrollo de las metáforas que ciertamente son observadas en un momento ideal, deben ser seguidos por otro corte que realmente atienda a la significación de las mismas, es decir, se debe realizar un corte transversal que, dicho sea de paso, puede ser concebido como específicamente no metafórico. Solo así se puede asumir tanto el concepto como la metáfora en tanto que “unidad de la esfera de expresión de un pensador o de una época” (Blumenberg, 2003b, p. 92). Frente a la hipotética victoria de Descartes solo quedaba acudir a dimensiones concebidas de segundo orden, tanto de autores, como Lactancio, pero también de especie, como la literatura, pues estos, aunque menos originales, no subsumían las metáforas, acomodándolas a sus aportaciones, sino que más bien eran subsumidas por estas y, por tanto, eran más hábiles para mostrarlas.

Ahora bien, estamos ante uno de los puntos más conflictivos de la metodología de Hans Blumenberg. Esta situación, que César González Cantón (2004) entiende incluso como debilidad, parece poner en cuestión la dificultad de establecer un método que tenga como sustrato el acercamiento hacia lo pre-teórico. Y, tal vez, la dificultad no radique en el punto hacia dónde debe guiar el camino, sino la problemática de establecer un sendero firme que garantice una aproximación eficaz. Lo que se revela de fondo en esta cuestión son las exigencias que parecen verterse sobre un *methodus*, es decir, un camino que, precisamente por el objeto de estudio, tal vez no pueda plantearse de forma teórica. Con ello, parecería emerger una dificultad incluso ontológica que tiene que ver con la falta de adecuación de un procedimiento teórico para la observancia de lo pre-teórico, es decir, cómo las exigencias hacia lo teórico en términos metodológicos no parecen servir de igual forma para lo pre-teórico. Y esto podría declinarse en tono de advertencia precisamente porque el objeto investigado rompe las fronteras de su condición de objeto e inmiscuye el propio proceder del investigador, de ahí que la dificultad radique en cómo hacer los cortes. ¿Cuál es el correlato que vertebrata el hecho de cortar? Así, el corte transversal, el que revela la modalidad de uso de la metáfora, requiere de un ejercicio arbitrario que responde a la pregunta de dónde cortar, es decir, de seleccionar los cortes (González Cantón, 2004, p. 300). Esta limitación, insalvable ciertamente, sobre todo en acercamientos a horizontes epocales muy pasados, es también, irónicamente, regla universal o, en este caso, imposibilidad práctica, puesto que, en última instancia, no se puede mostrar documentalmente lo revelado en el plano práctico. Solo así se entiende que no podemos permitirnos medir la pretensión de documentación con la capacidad actual que tenemos de *interpretarnos* históricamente (Blumenberg, 2003b, p. 65). Y es precisamente en este punto crítico de esta dificultad metodológica donde parece emerger un gesto humilde en la perspectiva de Hans Blumenberg que, unido al compromiso por el proyecto que trata de perseguir en *Paradigmas para una metaforología*, termina llegando al puerto de la confesión: “Lo confieso: los hallazgos documentales, aquí, son cosa de suerte, aunque quepa desarrollar un olfato para los lugares donde es más fácil ir a buscarlos” (2003b, p. 65). Por todo ello, realmente a lo que asistimos en *Paradigmas para una metaforología*, planteado desde su propia dinámica de constitución, “no pasa de ser, desde luego, un producto semifabricado, y la perfección y ausencia de lagunas con que uno puede tratar del «ser» es, en este campo, enteramente inalcanzable” (2003b, p. 68).

Una vez observado el desarrollo a nivel más metódico que metodológico, como hemos podido observar, podemos adentrarnos en la relación que se produce con respecto a la pregunta por el valor. Con *Paradigmas para una metaforología* hemos ido revelando cómo la actitud con la que Hans Blumenberg trata de llevar a cabo

su empresa parece toparse con dificultades propias a su misma actitud fundacional, pero que, tal vez incluso al subsumirlas como propias, no impiden que el proyecto metaforológico pierda su margen de actuación, lo que no implica que algunos autores vean en ello una pérdida del optimismo metafísico de nuestro autor (Pérez de Tudela Velasco, 2003, p. 28).

No obstante, es necesario que pongamos en diálogo la metodología con la manera en que las metáforas habían sido comprendidas hasta el momento en que Hans Blumenberg trata de reivindicarlas, precisamente aludiendo al interrogante que previamente marcábamos acerca de cuál era la legitimidad que hasta entonces tenían en el discurso filosófico. El mero hecho de que se interpretara la metáfora como un ornamento y lo traslaticio como paso hacia el concepto, donde en el fondo se revelaba la metáfora como un mecanismo para generar placer en la comunicación de la verdad, anulaba la potencialidad de la metáfora restringiendo sus posibilidades interpretativas. No obstante, es iluso pensar que el mero hecho de no preguntarse si las metáforas pudieran ser algo más fuera incompatible con el rendimiento que estas tienen en el acto comunicacional. Esto es esencial para comprender a dónde debe mirar la metaforología, puesto que sus dimensiones se instalaban por autores en una *carencia* lógica, de ahí que su protagonismo se hiciera más necesario allí donde teóricamente no estaba *permitida* en absoluto. Con ello, las dinámicas que hasta entonces se vertían sobre las metáforas regían su existencia de manera oculta, y este paso no es sino necesario para comprender que las metáforas puedan ser restos en el camino del *mito al logos*, presentando la metaforología como “reflexión crítica que ha de descubrir, y transformar en piedra de escándalo, lo impropio del enunciado traslaticio” (Blumenberg, 2003b, p. 44). Pero, aunque sea en forma hipotética, las metáforas también podrían entenderse como *elementos básicos* del lenguaje filosófico, “«transferencias» que no se pueden reconducir a lo propio, a la logicidad” (Blumenberg, 2003b, p. 44), a saber, metáforas absolutas.

Es más, dichas metáforas absolutas podrían sacar a la luz otras metáforas rudimentarias, *residuales*, puesto que chocarían con las transferencias entendidas como absolutas. Todo esto lleva a que esta hipótesis sea el punto de partida hacia una valoración, si entendemos que este término es más preciso que el de la revalorización, ya que no se podría invocar su significatividad puesto que lo hecho hasta entonces con las metáforas estaría precisamente carente de valor o habría concebido el valor de una forma diametralmente opuesta a la línea seguida por el filósofo hanseático, lo que no deja de ser chocante para autores como Wetz (1996, p. 26), por el extraño vacío que hasta entonces jugarían las metáforas absolutas que debían ser claves para el presente. Así, la pregunta por la valoración, pregunta de tintes nietzscheanos dicho sea de paso, no es sino una pregunta por el valor que podríamos unir a una

pregunta subyacente en el fondo que tendría que ver con el vivir. Solo así se entiende la relación entre *logos* y fantasía a través de Hans Blumenberg. La pregunta será entonces por qué recurrir a las metáforas absolutas, si no evitaba que pudieran entenderse en su relación con el concepto, donde el peso de la historia conceptual parecía evidente. Y es que esto, a su vez, no impedía que se agotara toda la dimensionalidad que estas tendrían, siendo esta condición adversativa, la respuesta de fondo al por qué de la metaforología.

A ello, habría que sumársele otra consideración, y es que no podemos dejar de lado la manera en que se asume una pregunta por la condición humana desde el comienzo. Esta se entiende a partir del momento en el que el programa de la metaforología asume lo pre-teórico como campo de cultivo donde se alude a la orientación, tanto teórica como práctica que hay en el pleno ejercicio del vivir. De hecho, el propio ejercicio del vivir, con su correlato en términos funcionales por encima de una comprensión cerrada y esencialista de la vida, se podría relacionar con la manera en que la propia condición vital está atravesada por el vivir. Y es aquí donde este atravesamiento parecería declinarse también con la asunción de que las metáforas, en especial referencia a las absolutas, tratan de dar respuesta a preguntas ya establecidas en el ejercicio del vivir. Estas preguntas, que no tienen una respuesta final, tampoco pueden negarse de manera total, ya que están en el fondo de la existencia, dejando no solo claro cómo encaja esto con el papel de la recepción, sino que tratan, además, de preocuparse por el todo de la realidad (Pérez de Tudela Velasco, 2003, p. 23). De tal forma que esto se concibe unido a su correlato sobre cómo comprendemos la caverna, a saber, que el ser humano se presenta como desprotegido a cielo abierto y, por ello, nuestra mera supervivencia depende de un refugio. Este no es sino un precio a pagar donde todo radica en la metáfora y su ambivalencia, puesto que, a pesar de que no podamos vivir fuera de la caverna, en ella tampoco podemos asegurarnos la vida (Pérez de Tudela Velasco, 2003, pp. 29–30). Baste este breve momento para comprender las dimensiones de la contienda metaforológica pero que hasta ahora nos dejaban clara la preocupación de Hans Blumenberg por hacer ver la centralidad que tiene en su perspectiva la pregunta por el hombre que, entre otras, ve que la cuestión del sentido de la realidad, tan valioso en el pasado, parece no serle un faro de guía en su actuación vital, sino que todo pende de estrategias que afronten el vivir y donde las metáforas parecen darnos la llave maestra. No se trata, por tanto, de una crítica negadora de la ciencia, sino más bien una denuncia de que la búsqueda de un volver atrás es imposible, que, a fin de cuentas, y enlazando su propuesta con la vindicación nietzscheana acerca de la muerte de Dios, ya no tiene sentido esperar ni el retorno de *Dios*, ni el de la *verdad* (Pérez de Tudela Velasco, 2003, pp. 30–31). Y las metáforas lo saben o, mejor dicho, nos salvan de ese horizonte.

En conclusión, hablar de Hans Blumenberg parece ser hablar de una propuesta que está constantemente oculta expuesta a su desvelamiento, como si en el fondo Hans Blumenberg también se escondiera con ella. Sin embargo, ni los críticos textos ni el estilo erudito ni la abundante producción académica parecen ser impedimentos suficientes para sacar a relucir una propuesta que, en el fondo, parece poner en el centro de su planteamiento la pregunta por la vida y la manera en que el ser humano parece desarrollarse conforme a ella. Para indagar acerca de esta tarea habríamos tratado de analizar el impacto de la obra de *Paradigmas para una metaforología* siguiendo una pregunta, a saber: ¿qué cabría esperar de dicha obra? Y, para ello, habríamos tratado de revelar su importancia en base a dos ángulos: por un lado, observando ciertas circunstancias biográficas que resultan claves para su construcción e interpretación y, desde el plano de su contenido, la problemática metodológica a la que se enfrenta para así remarcar la pregunta por el valor y la vida que, en el fondo, relucen desde su fundamentación. Y es que, al fin y al cabo, ya sea hacia la inconceptuabilidad o hacia la historia conceptual, las metáforas parecen haber sido las grandes abandonadas de la historia de la filosofía, o lo que pudiera haber sido peor, las relegadas a una condición servil. Sin embargo, Hans Blumenberg habría conseguido alejarse de grandes relatos de épocas pasadas para hacernos llegar que, en el fondo, y a pesar de todo, en las metáforas nos jugamos mucho, tanto como la vida misma.

## REFERENCIAS

- Alonso, D. (2013). *Hijos de la ira*. Austral.
- Blumenberg, H. (1947). *Das Recht des Scheins in den menschlichen Ordnungen bei Pascal*. Parzeller.
- Blumenberg, H. (1957). Licht als Metapher der Wahrheit. Im Vorfeld der philosophischen Begriffsbildung. *Studium generale*, 10, 432–447.
- Blumenberg, H. (1971). Beobachtungen an Metaphern. *Archiv für Begriffsgeschichte*, 15, 161–214.
- Blumenberg, H. (1995). *Naufragio con espectador*. Visor.
- Blumenberg, H. (1999a). Imitación de la naturaleza. En *Las realidades en que vivimos* (pp. 73–114). Paidós.
- Blumenberg, H. (1999b). Una aproximación antropológica a la actualidad de la retórica. En *Las realidades en que vivimos* (pp. 115–142). Paidós.
- Blumenberg, H. (2000). *La legibilidad del mundo*. Paidós.
- Blumenberg, H. (2003a). *Trabajo sobre el mito*. Paidós.
- Blumenberg, H. (2003b). *Paradigmas para una metaforología*. Trotta.
- García-Durán, P. (2017). *El camino filosófico de Hans Blumenberg. Fenomenología, historia y ser humano*. Alfons el Magnànim.
- González Cantón, C. (2004). *La metaforología en Blumenberg como destino de la analítica existencial*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Heidegger, M. (2020). *Ser y tiempo*. Trotta.
- Oncina Coves, F. y García-Durán, P. (2015). *Hans Blumenberg: Historia in/conceptual, antropología y modernidad*. Pre-Textos.
- Pérez de Tudela Velasco, J. (2003). Estudio introductorio. En H. Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología* (pp. 9–47). Trotta.
- Rivera García, A. (2010). Hans Blumenberg: Mito, metáfora absoluta y filosofía política. *Ingenium*, 4, 145–165.
- Villacañas Berlanga, J. L. (2009). Dificultades con la Ilustración. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 21, 27–43.

Wetz, F. J. (1996). *Hans Blumenberg. La modernidad y sus metáforas*. Alfons el Magnànim.

---

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2024.35.008>  
Bajo Palabra. II Època. N°35. Pgs: 161-178

